



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

2. CIUDAD DE CENIZA

Clary Fray desearía que su vida volviera a la normalidad. Si pudiera dejar atrás el mundo de los cazadores de sombras, tendría más tiempo para Simon, su mejor amigo, que se está convirtiendo en algo más... Pero el mundo subterráneo que acaba de descubrir no está preparado para dejarla ir; en especial ese apuesto y exasperante Jace. Para complicar las cosas, una ola de asesinatos sacude la ciudad. Clary cree que Valentine está detrás de esas muertes, pero ¿cómo podrá detenerle si Jace parece dispuesto a traicionar todo en lo que cree para ayudar a su padre? En esta soberbia secuela de Ciudad de Hueso, Cassandra Clare arrastra de nuevo a sus lectores a las siniestras garras del Submundo de Nueva York, donde el amor jamás está a salvo y el poder se convierte en la tentación más letal.

Para mi padre,
que no es maléfico.
Bueno, quizá un poquitín.

CASSANDRA CLARE

*Esta amarga lengua
conozco tus calles, ciudad bienamada,
conozco los demonios y los ángeles que se congregan
y se posan en tus ramas igual que pájaros.
Te conozco, río, como si fluyeras por mi corazón.
Soy tu hija guerrera.
Hay letras hechas de tu cuerpo
igual que una fuente está hecha de agua.
Hay lenguas
de las que tú eres el anteproyecto
y a medida que las hablamos
la ciudad se alza.*

ELKA CLOKE

AGRADECIMIENTOS

Este libro no se habría podido escribir sin el apoyo y el ánimo de mi grupo de escritura: Holly Black, Kelly Link, Ellen Kushner, Delia Sherman, Gain Grant y Sarah Smith. Tampoco podría prescindir del NB Team: Justine Larbalestier, Maureen Johnson, Margaret Croker, Libba Bray, Cecil Castelluci, Jaida Jones, Diana Peterfreud y Marissa Edelman. Mi agradecimiento también para Eve Sinaiko y Emily Lauer por su ayuda (y comentarios sarcásticos), y a Sarah Rees Brennan, por querer a Simon más que nadie en el mundo. Mi gratitud se extiende a todos los de Simon & Schuster y Walter Books por creer en estos libros. Un agradecimiento especial a mi editora, Karen Wojtyla, por todas las notas en lápiz violeta, a Sarah Payne por hacer cambios mucho después de la fecha tope, a Bara MacNeill por llevar el control del alijo de armas de Jace, y a mi familia: mi madre, mi padre, Kate Conner, Jim Hill mi tía Naomi y mi prima Joyce por su aliento. Y para Josh, que tiene menos de tres años.

PRÓLOGO

HUMO Y DIAMANTES

La formidable construcción de cristal y acero se alzaba como una aguja reluciente que enhebrase el cielo en su ubicación de Front Street. Había cincuenta y siete pisos en el Metropole, la nueva torre de apartamentos más cara del centro de Manhattan. El piso más alto, el cincuenta y siete, contenía el apartamento más lujoso de todos: el ático, una obra de arte de elegante diseño en blanco y negro. Demasiado nuevos para haber acumulado polvo aún, los desnudos suelos de mármol devolvían el reflejo de las estrellas visibles a través de los enormes ventanales que iban del suelo al techo. El cristal era perfectamente transparente, proporcionando una ilusión tan real que no existía nada entre el espectador y la vista que había producido vértigo incluso a aquellos que no temían a las alturas.

Muy por debajo discurría la plateada cinta de East River, orlada por puentes brillantes, salpicada de embarcaciones tan pequeñas como cagaditas de mosca, dividiendo las brillantes orillas de luz que eran Manhattan y Brooklyn a uno y otro lado. En una noche despejada, la Estatua de la Libertad resultaba apenas visible al sur; pero esa noche había niebla, y Liberty Island quedaba oculta tras un banco blanco de bruma.

A pesar de lo espectacular de la vista, el hombre de pie frente a la ventana no parecía especialmente impresionado

por ella. El rostro, estrecho y ascético, tenía el entrecejo fruncido. El hombre dio la espalda al cristal y cruzó majestuosamente la estancia, con los tacones de las botas resonando sobre mármol.

—¿Aún no estás listo? —exigió, pasándole una mano por los cabellos blancos—. Llevamos aquí casi una hora.

El muchacho arrodillado en el suelo alzó los ojos hacia él, nervioso y con una expresión irascible.

—Es el mármol. Es más sólido de lo que pensaba. Hace que sea difícil dibujar el pentagrama.

—Pues sáltate el pentagrama.

De cerca era fácil ver que, no obstante el cabello blanco, el hombre no era viejo. El rostro duro y severo pero sin arrugas, y los ojos, claros y firmes.

El muchacho tragó saliva con fuerza, y las membranosas alas negras que le salían de los estrechos omóplatos (había cortado unas aberturas en la espalda de la cazadora vaquera para permitirles la salida) aletearon nerviosamente.

—El pentagrama es una parte imprescindible en cualquier ritual para invocar a un demonio. Usted lo sabe, señor. Sin él...

—No estamos protegidos. Lo sé, joven Elias. Pero sigue con ello. He conocido a brujos que podían invocar a un demonio, charlar con él y enviarle de vuelta al infierno en el tiempo que has tardado en dibujar media estrella de cinco puntas.

El muchacho no dijo nada, se limitó a atacar de nuevo el mármol con renovada premura. Le goteaba el sudor de la frente, y se apartó los cabellos hacia atrás con una mano cuyos dedos estaban conectados por delicadas membranas.

—Hecho —dijo por fin, sentándose hacia atrás sobre los talones con un suspiro—. Está hecho.

—Bien —respondió el hombre complacido—. Empecemos.

—Mi dinero...

—Ya te lo he dicho. Tendrás tu dinero después de que hable con Agramon, no antes.

Elias se puso en pie y se sacó la chaqueta. A pesar de los agujeros que le había hecho, todavía le comprimía las alas de un modo incómodo; liberadas, estas se estiraron y extendieron, creando una brisa en la estancia sin ventilación. Las alas eran del color de una marea negra: negro salpicado de un arco iris de colores mareantes. El hombre apartó la mirada de él, como si las alas le desagradaran, pero Elias no pareció advertirlo. Empezó a caminar alrededor del pentagrama que había dibujado, dando vueltas en dirección contraria a las agujas del reloj y salmodiando en un lenguaje demoníaco que sonaba igual que el crepitar de las llamas.

De improviso, con un sonido parecido al del aire que pierde un neumático, el contorno del pentagrama empezó a llamear. La docena de enormes ventanales proyectaron el reflejo de una docena de estrellas de cinco puntas ardiendo.

Algo se movía en el interior del pentagrama, algo informe y negro. Elias salmodió más de prisa, alzando las manos palmeadas para trazar delicados bosquejos en el aire con los dedos. Allí por donde pasaban, chisporroteaba fuego azul. El hombre no sabía hablar con fluidez el *chthonian*, el idioma del brujo, pero reconoció suficientes palabras como para comprender el cántico que repetía Elias: «Agramon, yo os invoco. Fuera de los espacios entre los mundos, yo os invoco».

El hombre metió la mano en el bolsillo. Tocó algo duro, frío y metálico. Sonrió.

Elias dejó de andar. Ahora estaba de pie ante el pentagrama; su voz se elevaba y descendía en un cántico regular, y el fuego azul chisporroteaba a su alrededor igual que relámpagos. De repente, una columna de humo negro se alzó en el interior del pentagrama; se elevó en espiral, extendiéndose a la vez que se solidificaba. Dos ojos flotaron en

la sombra igual que gemas atrapadas en la tela de una araña.

—¿Quién me ha llamado hasta aquí a través de los mundos? —inquirió la voz de Agramon, que era como cristal haciéndose añicos—. ¿Quién me invoca?

Elias había dejado de salmodiar. Permanecía totalmente inmóvil frente al pentagrama; inmóvil excepto por las alas, que batían lentamente. El aire apestaba a corrosión y a quemado.

—Agramon —dijo el ser alado—. Soy el brujo Elias. Soy yo quien te ha invocado.

Por un momento se hizo el silencio. Luego el demonio rio, si pudiera decirse que el humo ríe. La risa misma era cáustica como el ácido.

—Brujo estúpido —resolló Agramon—. Chico estúpido.

—Tú eres el estúpido, si piensas que puedes amenazarme —replicó Elias, pero su voz tembló igual que sus alas—. Serás un prisionero del pentagrama, Agramon, hasta que te libere.

—¿Lo seré?

El humo onduló ante Elias, formándose y reformándose a sí mismo. Un zarcillo tomó la forma de una mano humana y acarició el borde del ardiente pentagrama que lo contenía. Entonces, el humo hirvió sobrepasando el borde de la estrella y se derramó por encima como una ola abriendo una brecha en un dique. Las llamas ardieron con luz parpadeante y se extinguieron mientras Elias, chillando, retrocedía dando traspiés. Empezó a salmodiar, en veloz *chthonian*, conjuros de contención y destierro. No sucedió nada; la masa de humo negro avanzó inexorable mientras empezaba a tomar algo parecido a una forma, una forma deforme, horrenda y enorme, y los ojos refulgentes cambiaban, redondeándose hasta tener el tamaño de platos que vertían una luz terrible.

El hombre observaba con impasible interés mientras Elias chillaba de nuevo y se volvía para huir. No llegó a la

puerta. Agramon se lanzó hacia adelante, y su oscura masa se estrelló sobre el brujo como una oleada de negro alquitrán hirviente. Elias forcejeó débilmente por un instante bajo el ataque... y luego se quedó inmóvil.

La forma negra se retiró, dejando al brujo yaciendo en una extraña postura sobre el suelo de mármol.

—Realmente espero —dijo el hombre, que había sacado el objeto de frío metal del bolsillo y jugueteaba con él despreocupadamente— que no le hayas hecho nada que lo haya dejado inservible para mí. Necesito su sangre, ¿sabes?

Agramon se volvió, un pilar negro con mortíferos ojos diamantinos. Estudió al hombre del traje caro, su rostro estrecho e indiferente, las marcas negras que le cubrían la piel y el objeto refulgente que tenía en la mano.

—¿Tú has pagado a este niño brujo para que me invocara? ¿Y no le dijiste lo que yo soy capaz de hacer?

—Bingo —contestó el hombre.

—Eso fue muy inteligente —repuso Agramon con reticente admiración.

El hombre dio un paso hacia el demonio.

—Muy inteligente. Y ahora también soy tu amo. Sostengo la Copa Mortal. Debes obedecerme o enfrentarte a las consecuencias.

El demonio permaneció callado un momento. Luego se deslizó al suelo en una pantomima de homenaje; lo más parecido a una postura arrodillada que podía adoptar una criatura sin un cuerpo real.

—Estoy a tu servicio, ¿mi señor...?

La frase finalizó, educadamente, en una pregunta.

El hombre sonrió.

—Puedes llamarme Valentine.

PRIMERA PARTE

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO

Creo que estoy en el infierno, por lo tanto lo estoy.

ARTHUR RIMBAUD

1

LA FLECHA DE VALENTINE

—¿Sigues estando furioso?

Alec, recostado en la pared del ascensor, lanzó una mirada iracunda a Jace.

—No estoy furioso.

—Ah, sí lo estás.

Jace hizo un gesto acusador a su hermanastro, luego dio un grito al sentir una fuerte punzada en el brazo.

Tenía todo el cuerpo dolorido por los violentos golpes que había recibido aquella tarde al caer tres pisos a través de unos suelos de madera podrida y aterrizar sobre un montón de chatarra. Hasta tenía los dedos magullados. Alec, que hacía muy poco que había dejado las muletas que había tenido que usar tras la pelea con Abbadon, tenía un aspecto comparable a lo mal que se sentía Jace. Su ropa estaba cubierta de barro y los cabellos le colgaban en mechones lacios y sudorosos. Un largo corte le descendía por el borde de la mejilla.

—No lo estoy —insistió Alec, apretando los dientes—. Sólo porque tu dijeras que los demonios dragones estaban extintos...

—Dije que estaban extintos en su mayoría.

Alec le señaló con el dedo.

—Extintos en su mayoría —replicó con la voz temblándole de ira— es NO LO BASTANTE EXTINTOS.

—Entiendo —repuso Jace—, pues haré que cambien lo que pone en el libro de texto de demología, de «casi extintos» a «no lo bastante extintos para Alec. Él prefiere a sus monstruos realmente, realmente extintos». ¿Contento?

—Chicos, chicos —intervino Isabelle, que había estado examinándose el rostro en la pared de espejo del ascensor—. No os peleéis. —Se apartó del espejo con una sonrisa radiante—. Muy bien, hubo un poco más de acción de la que nos esperábamos, pero a mí me ha parecido divertido.

Alec la miró y meneó la cabeza.

—¿Cómo te las arreglas para no mancharte nunca de barro?

Isabelle se encogió de hombros con un gesto filosófico.

—Soy pura de corazón. Repelo la mugre.

Jace lanzó tal risotada que ella lo miró con cara de pocos amigos. Él agitó los dedos cubiertos de barro en su dirección. Las uñas eran medias lunas negras.

—Mugrienta por dentro y por fuera.

Isabelle estaba a punto de replicar cuando el ascensor se detuvo con un chirrido de frenos.

—Ya es hora de hacer que arreglen esto. —Comentó mientras abría violentamente la puerta.

Jace salió tras ella al vestíbulo, con ganas ya de desprenderse de la armadura y las armas y darse una ducha caliente. Había convencido a sus hermanastros para que salieran de caza con él, a pesar de que ninguno de ellos se sentía totalmente a gusto sabiendo solo ahora que Hodge ya no estaba allí para darles instrucciones. Pero Jace había deseado la inconsciencia de la lucha, la dura diversión de matar y la distracción de las heridas. Ellos le habían acompañado, arrastrándose por mugrientos túneles de metro abandonados hasta que encontraron al demonio *dragonidae* y lo mataron. Los tres trabajaron juntos en perfecta sincronía, como siempre lo habían hecho.

Jace se bajó la cremallera de la cazadora, se la sacó y la colgó de uno de los ganchos de la pared. Alec se había

sentado en un banco bajo de madera junto a él, y estaba quitándose las botas cubiertas de barro mientras tarareaba desafinando por lo bajo para hacer saber a Jace que en realidad no estaba tan molesto. Isabelle se quitaba las horquillas de la larga melena oscura, dejándola caer.

—Estoy hambrienta —dijo—. Ojalá mamá estuviera aquí para cocinarnos algo.

—Es mejor que no esté —repuso Jace mientras se desabrochaba el cinturón de las armas—. Ya nos estaría chillando por cómo hemos dejado de sucias las alfombras.

—En eso tienes razón —dijo una voz fría. Jace se volvió en redondo, con las manos aún en el cinturón, y vio a Maryse Lightwood en la entrada con los brazos cruzados.

Maryse llevaba un adusto traje negro de viaje, y los cabellos negros como los de Isabelle, estaban recogidos en una gruesa cola que le colgaba hasta la mitad de la espalda. Sus ojos, de un azul glacial, pasaron raudos sobre los tres jóvenes como un reflector de rastreo.

—¡Mamá!

Isabelle, recuperando la compostura, corrió hacia su madre para abrazarla. Alec se puso en pie y se unió a ellas, intentando ocultar su cojera.

Jace permaneció donde estaba. Algo en los ojos de Maryse lo había dejado paralizado cuando su mirada se había pasado sobre él. Lo que había dicho no era tan malo, ¿no? Siempre bromeaba sobre su obsesión por las alfombras antiguas...

—¿Dónde está papá? —preguntó Isabelle, apartándose de su madre—. ¿Y Max?

Se produjo una pausa casi imperceptible.

—Max está en su habitación —contestó finalmente Maryse—. Y vuestro padre, por desgracia, sigue en Alacante. Había cierto asunto allí que requería su atención.

Alec, por lo general más sensible a los estados de ánimo que su hermana, pareció vacilar.

—¿Todo bien?

—Yo sí que podría preguntarte eso. —El tono de su madre era seco—. ¿Cojeas?

—Bueno...

Alec mentía fatal, así que Isabelle acudió en su rescate, sin alterarse.

—Hemos tenido un pequeño roce con un demonio *dragonidae* en los túneles del metro. Pero no ha sido nada.

—¿Y supongo que el Demonio Mayor con el que os enfrentasteis la semana pasada tampoco fue nada?

Incluso Isabelle calló ante aquello. Miró a Jace, quién deseó que no lo hubiera hecho.

—Eso no estaba planeado.

Jace estaba teniendo problemas para concentrarse. Maryse no le había saludado aún, no le había dicho ni hola siquiera, pero seguía mirándole con ojos que eran como dagas azules. Empezó a notar una sensación de vacío en la boca del estómago, que se iba intensificando. Ella jamás le había mirado de ese modo antes, hubiese hecho lo que hubiese hecho.

—Fue un error...

—¿Jace?

Max, el más joven de los Lightwood, se coló por el lado de Maryse, y entró como una exhalación en la sala, esquivando la mano de su madre, que intentaba agarrarle.

—¡Has vuelto! Todos habéis vuelto. —Giró sobre sí mismo, sonriendo triunfal a Alec y a Isabelle—. Me había parecido oír el ascensor.

—Y a mí me parece que te dije que te quedaras en tu habitación —replicó Maryse.

—No lo recuerdo —respondió Max, con una seriedad que hizo sonreír incluso a Alec.

Max era pequeño para su edad —parecía tener unos diecisiete años—, pero poseía una reservada circunspección que, combinada con sus gafas descomunales le proporcionaba el aire de alguien mayor. Alec le alborotó los cabellos, pero Max seguía mirando a Jace con ojos brillan-